

I

Ite missa est.

Se abrieron las puertas de la iglesia de Pérignon y los hombres comenzaron a salir.

Un momento antes se hubiera creído abandonado aquel templo recostado al borde del camino, en el alto ribazo que domina el curso del Pérignon, cuya superficie helada y cubierta de nieve parecía una llanura. Los caminos y el campo estaban nevados también, pues a través de las pardas nubes, el sol de abril no enviaba sino pálidos rayos, y las grandes lluvias de primavera no se habían iniciado aún. La extensa y fría blancura, la pequeñez de la iglesia de madera, así como la de unas cuantas casas de tablas esparcidas a lo largo del sendero; la sombra linde del bosque, tan próxima que semejaba una amenaza, hablaban de una vida dura en un país inhóspito. Pero, de súbito, los fieles, entre los cuales se veían no pocos muchachos, al reunirse en grupos sobre la amplia gradería y empezar la cháchara salpicada de bromas burlonas y opiniones y comentarios acerca de asuntos bien graves, bien festivos, atestiguaron que aquellos hombres pertenecían a una raza dotada de alegría invencible y para siempre dueña del supremo tesoro de la risa.

Cléophas Pesant, hijo de Thadée el herrero, lucía ya vanidosamente un veraniego traje de color claro, ancha americana de acolchadas hombreras, y pantalón. Únicamente había conservado aquel domin-

go, todavía frío, su gorra de paño negro con orejeras de piel de liebre, en vez de ponerse, según su gusto, un ligero sombrero de fieltro.

A su lado, Égide Simard y otros que como él habían venido en trineo desde muy lejos, se abrochaban al salir de la iglesia los gruesos capotes de piel ceñidos al talle por cinturones rojos. Los jóvenes del lugar, elegantísimos con sus pellizas de cuello de nutria, departían deferentes con el viejo Nazaire Larouche, hombretón canoso, de anchas y huesudas espaldas, que en nada había alterado para ir a misa su cotidiano indumento: chaqueta corta de paño oscuro forrada de piel de carnero, calzones remendados, gruesas medias de lana gris y zapatones de piel de ante.

—Vaya, vaya, señor Larouche, ¿conque todo va bien por la otra orilla?

—No va peor, muchachos... No va peor.

Sacaron de los bolsillos sendas pipas y vejigas de cerdo, llenas de tabaco picado a mano, y se pusieron a fumar voluptuosamente después de hora y media de abstinencia. Envueltos en el humo de las primeras bocanadas, hablaban del tiempo, de la primavera ya próxima, de cómo marchaba el deshielo en el lago de Saint-Jean y en los arroyos cercanos, de sus asuntos y de las noticias de la parroquia, como hombres que sólo se ven de semana en semana, a causa de las grandes distancias y el mal estado de los caminos.

—El lago aún está bien —dijo Cléophas Pesant—; pero los ríos no ofrecen ya seguridad. Esta semana se ha agrietado el hielo junto al banco de arena que hay frente al islote, en el mismo sitio donde hubo todo el invierno hondonadas abrigadísimas.

Otros comenzaron a hacer cálculos sobre la cosecha, a pesar de que la tierra desaparecía aún bajo la nieve.

—Os digo que será un mal año —vaticinó un viejo—. ¡Ha helado antes de las últimas nieves!

Las conversaciones fueron languideciendo poco a poco, y todos concluyeron por volverse hacia el primer escalón de la gradería, donde Napoleón Laliberté se disponía a pregonar, según costumbre, las noticias de la parroquia.

Durante unos instantes permaneció inmóvil y mudo, en espera del propicio silencio, con las manos hundidas en los bolsillos de su capo-

te de lince, fruncido el ceño y los vivos ojos medio entornados bajo la gorra de piel, encasquetada hasta las orejas. Cuando todos callaron, se puso a gritar a pleno pulmón. Parecía un carretero animando a sus caballerías al subir una cuesta:

—Van a empezar otra vez las obras del muelle... He recibido dinero del Gobierno, y cuantos quieran apuntarse no tienen más que venir a verme antes del toque de vísperas. Si queréis que el dinero se reparta en la parroquia en vez de volverse a Quebec, alistaos cuanto antes.

Algunos se dirigieron hacia el pregonero, mientras otros se echaron despreocupadamente a reír. Un burlón dijo a media voz:

—¿Qué querrá que hagan unos hombres como nosotros con tres piastras* diarias? ¡Lo que es ese Laliberté!...

Pero lo dijo más por gana de broma que por malicia, y acabó trocando la sonrisa por la risa ancha, bondadosa. Sin descender del escalón superior de la gradería y sin dejar de contonearse ni de tener hundidas las manos en los bolsillos, Napoléon Laliberté seguía pregonando a voz en cuello:

—La semana próxima llegará un agrimensor de Roberval. Si alguno quiere que se le deslinden sus lotes antes de vallarlos para el verano, no tiene más que decirlo.

La noticia fue acogida con indiferencia. Los agricultores de Péri-bonka apenas se cuidaban de rectificar los límites de sus tierras para ganar o perder unos cuantos metros cuadrados, ya que hasta los más activos estaban muy lejos de haber labrado ni una tercera parte, y poseían grandes e intrincados pedazos de bosque.

Prosiguió:

—Han llegado a la parroquia dos compradores de pieles muy ricos. Si tenéis algunas de oso, de visón, de ratón almizclero, o de zorro, llevadlas al almacén antes del miércoles, o dirigíos a François Paradis, de

* Unidad monetaria que era igual en valor a un dólar canadiense de plata. En las regiones canadienses de habla francesa las primeras emisiones de moneda se fraccionaron en piastras. En Quebec se sigue utilizando este término extraoficialmente para hacer referencia al dólar canadiense. (N. del E.)

Mistassini, que viene acompañándolos. Traen dinero contante y sonante, y pagarán a tocateja las pieles que elijan.

Como se le habían acabado las noticias, descendió los escalones y se mezcló con los demás. Un hombrecillo de mezquina catadura ocupó su puesto:

—¿Quién quiere comprar un hermoso cochinito de lo mejorcito que se cría en mis corrales? —preguntó, señalando una masa informe que se agitaba y gruñía dentro de un saco.

—Ya, ya conocemos los cerdos que se crían en los corrales de Hormidas. Grandes como ratas y más listos que ardillas para saltar las cercas.

—Doy veinticinco centavos —gritó un mozo entre risas.

—Cincuenta.

—Una piastra.

—¡Jean, no seas loco! Tu mujer no te dejará dar una piastra por un cerdo así.

Jean, con aire tozudo, insistió:

—¡Una piastra!... La palabra es palabra.

Hormidas Bérubé hizo una mueca despectiva y aguardó durante un rato nuevas ofertas; pero sólo escuchó pullas y risotadas, y hubo, al cabo, de descender mohíno.

Entretanto, las mujeres habían comenzado a salir del templo. Jóvenes o viejas, bellas o feas, casi todas iban bien ataviadas con abrigos de piel o capas de recio paño, pues para asistir a la misa dominical, única fiesta de sus vidas, dejaban las blusas de tela burda y sacaban sus mejores galas. De encontrarse allí algún extraño, se habría sorprendido al verlas tan elegantes en el corazón de aquella comarca fragosa; de hallarlas tan típicamente francesas en medio de la nevada desolación de aquellas selvas; tan bien arregladas, con certeza, como la mayor parte de las burguesas provincianas de la metrópoli.

Cleofás Pesant aguardó a Louisa Tremblay, que iba sola, y ambos se encaminaron hacia el caserío por la rudimentaria acera de tablones. Otros se contentaron con saludar al paso a las mozas y cambiar frases intencionadas, tuteándolas con esa fácil familiaridad propia de Quebec, aumentada por la circunstancia de haberse criado casi todos juntos.

Pite Gaudreau anunció con los ojos fijos en la iglesia:

—Maria Chapdelaine ha vuelto de su viaje a Saint-Prime. Ahí está el viejo Chapdelaine, que viene a buscarla.

Para algunos, los Chapdelaine eran punto menos que desconocidos. Alguien preguntó:

—¿Samuel Chapdelaine, el que tiene unas tierras al otro lado del río, más allá de Honfleur, en pleno bosque?

—Ese, sí.

—Y la muchacha es su hija, ¿verdad?

—Maria, sí. Hacía un mes que estaba en Saint-Prime con la familia de su madre, los Bouchard, padres de Wilfrid Bouchard, de Saint-Gédéon.

Las miradas se elevaron curiosas a lo alto de la gradería. Uno de los mozos rindió a Maria Chapdelaine el homenaje de su rústica admiración:

—¡Guapa chica! —dijo en voz baja.

—Y muy buena además. Es lástima que viva tan lejos de aquí. ¿Cómo van a ir los mozos a cortejarla hasta el otro lado del río, cerca de las cascadas, a unas doce millas de camino de las cuales tres son casi intransitables?

Sonreían maliciosamente al hablar de ella; mas cuando la vieron descender los escalones del brazo de su padre y avanzar en dirección al grupo, se apartaron cortados, como si entre la hermosa muchacha y ellos se interpusiese algo más que un río, una cascada y doce millas de camino duro.

Poco a poco se fueron dispersando los grupos formados ante la iglesia. Unos cuantos volvieron a sus casas después de haberse enterado de las noticias; otros, antes de marcharse, se detuvieron en los dos únicos lugares de reunión: el atrio parroquial y el almacén. Los que vivían en las hileras —franja de terreno pegada al bosque— enganchaban en fila sus caballos a los trineos, e iban a recoger a las mujeres y a los niños junto a la escalinata de la iglesia, a fin de facilitarles la subida.

Apenas Samuel Chapdelaine y su hija habían avanzado algunos pasos, un joven se acercó a ellos.

—Buenos días, señor Chapdelaine... Buenos días, Maria... Es verdaderamente raro este encuentro, ya que las tierras de ustedes están en la parte alta del río y que yo no suelo venir por aquí.

Su franca mirada iba del uno a la otra, y si alguna vez se desviaba, debía de ser premeditadamente, para que no pareciese descortés su insistencia; mas enseguida sus ojos escrutadores, claros, penetrantes, volvían a fijarse en el hombre y en la muchacha, con ingenua avidez.

—¡François Paradis! —exclamó el viejo Chapdelaine—. ¡Sí que es un verdadero milagro el encontrarnos! Ya hacía tiempo que no te veía... Sé que murió tu padre... Supongo que habrás conservado las tierras.

En vez de responder, el joven miraba a Maria cual si aguardase a que ella también lo interpelara. Creyendo que la muchacha no lo había reconocido, el padre aclaró:

—¡François Paradis, de Mistassini! ¿No te acuerdas? Apenas ha cambiado.

—Ni usted tampoco, señor Chapdelaine... Su hija, sí... Está muy distinta... Pero yo la hubiese reconocido no importa dónde.

La víspera, a media tarde, habían pasado por Saint-Michel de Mistassini. Y, sin embargo, el ver de nuevo, al cabo de siete años, a aquel muchacho, y el oír pronunciar su nombre, evocó en Maria una visión aún más precisa que la percibida por los sentidos el día anterior: la visión del gran puente cubierto, pintado de rojo, que hacía pensar en un arca de Noé de longitud desmesurada; los dos ribazos que se elevaban casi seguidos, como altas colinas; el antiguo monasterio que se agazapaba entre el río y el arranque de la pendiente; el agua que en blancos remolinos bullía y se precipitaba rápida cual si descendiese una gigantesca escalera...

—¡François Paradis!... Sí, padre, claro que me acuerdo de François Paradis.

El mozo, satisfecho de haber sido reconocido, respondió a las preguntas dejadas sin respuesta.

—No, señor Chapdelaine, no he conservado las tierras. Al morir mi pobre padre, lo vendí todo. Luego me puse a trabajar en el bos-

que... He cazado, he comerciado con los salvajes del Lago Grande, en Mistassini, y de la Rivière-aux-Foins. También estuve dos años en Labrador.

Su mirada fue aún otra vez de Samuel Chapdelaine a su hija, que bajó azarada los ojos.

—¿Regresan ustedes hoy mismo? —interrogó.

—Sí, en cuanto comamos.

—Me alegro mucho de haberlos visto, porque dentro de tres o cuatro semanas, cuando el deshielo empiece de veras, pasaré cerca de sus tierras. Estoy aquí con unos belgas que van a comprar pieles a los salvajes; empezaremos la excursión en cuanto los ríos corran sin témpanos; y si tenemos que llegar más allá de las cascadas, iremos a pasar una noche con ustedes.

—Muy bien, François. Se te espera, ya sabes.

Bordeando las márgenes del Péribonka, los alisos formaban oscura muralla, no tan compacta que no impidiese ver por entre las ramas escuetas la abrupta pendiente del ribazo, la vasta planicie de hielo y, en la orilla opuesta, la masa sombría del bosque. Entre la tupida desolación de los altos y erguidos árboles y la vena de agua solidificada, apenas quedaban pequeños campos cubiertos de troncos, que parecían estrangulados por el puño terrible de aquel hosco país.

Para María Chapdelaine, que contemplaba distraída el paisaje, nada tenía éste de pavoroso. Nunca conoció parajes más alegres, sobre todo de octubre a mayo; y en cambio vio otros más apartados de las viviendas y de los cultivos, más tristes en suma. Lejos de reflejarse en su ánimo la ceñuda soledad, le pareció que una luz tibia, confortadora, que se infiltraba en el alma con resplandores verdes para iluminar de esperanza los días venideros, lo bañaba todo. Tal vez proviniese ese optimismo de la proximidad de la primavera o de algún misterioso florecimiento sin forma y sin nombre que avanzase de lo desconocido hacia ella, y cuyo influjo empezase ya a iluminar su alma.

Samuel Chapdelaine y María se fueron a comer a casa de su parienta Azalma Larouche, donde habían dormido la noche anterior. Aparte de ellos y de Azalma, viuda desde hacía algunos años, sólo estaba allí

Nazaire Larouche, cuñado de la viuda, viejo ya. Era Azalma una mujer alta y chata, de perfil borroso como el de un niño. Hablaba muy de prisa, sin pausas, mientras se ocupaba del guiso. De tiempo en tiempo, interrumpía su faena para sentarse frente a sus huéspedes, no tanto por descansar, como por realzar la importancia de sus funciones culinarias. Mas casi en seguida, el condimento de un plato o algún detalle de la mesa que acababa de disponer, reclamaban toda su atención, y se levantaba sin interrumpir su monólogo, oscurecido a veces por el ruido de la vajilla y de las sartenes.

Pronto estuvo sobre la mesa el puré de garbanzos. Mientras comían, los dos hombres hablaban de sus tierras y del cariz que tomaba el deshielo.

—Aún tienen tiempo de regresar esta tarde; pero les vendrá demasiado justo, y calculo que serán de los últimos en llegar; la corriente debe de ser fortísima en las inmediaciones de las cascadas: ha estado lloviendo casi tres días seguidos.

—Todos aseguran que el hielo durará mucho aún —dijo Azalma—. A mi parecer, lo que debieran hacer ustedes es quedarse también hoy aquí. Después de la cena vendrá la gente joven a pasar con nosotros un rato. Justo es que Maria se divierta un poco antes de ir a enterrarse en su destierro del bosque.

—Bastante se ha divertido ya en Saint-Prime, donde no dejaban pasar noche sin reunirse a cantar y a jugar. Se lo agradecemos de veras; pero en cuanto acabemos de comer, enganchemos para tener tiempo de llegar con luz.

Nazaire Larouche se puso a hablar del sermón de aquella mañana. ¿Verdad que había sido muy persuasivo, muy hermoso? Al cabo de algunos segundos de silencio, preguntó bruscamente, dirigiéndose a su cuñada:

—¿Tiene usted de lo que se cuece? Comería muy a gusto un pedazo.

Azalma lo miró con sorpresa unos instantes, y acabó por caer en la cuenta de que aquellas palabras querían pedirle pan. Poco después el viejo interrogó de nuevo:

—¿Funciona normalmente su bomba?

Aquella extraña pregunta pretendía decir que faltaba agua en la mesa; y cuando la viuda se levantó para ir a traerla, Nazaire hizo a Maria un picaresco guiño y aclaró de este modo su oscuro modo de expresarse:

—Le hablo por parábolas... Es menos ordinario.

Los tabiques de tablonos estaban recubiertos de periódicos atrasados y adornados con almanaques, regalo de los fabricantes de maquinaria agrícola o de los comerciantes de grano. Se veían también algunos cromos de tema religioso: una reproducción —casi sin perspectiva— de la basílica de Sainte-Anne de Beaupré, un retrato del papa Pío x, y una estampa en donde la Virgen María ofrecía a los fieles, con sonriente palidez, su corazón sangrante nimbado de oro.

—Esto es más bonito que nuestra casa —pensó Maria sin tristeza.

Nazaire Larouche continuaba pidiendo las cosas por parábolas:

—¿Tiene su cerdo buenas carnes? —preguntaba, o bien—: ¿Le gusta a usted el pan de azúcar que por aquí se hace? A mí, con delirio.

Azalma le servía una nueva tajada o sacaba del armario la golosina. Cuando se cansó de tan inusitadas maneras y lo incitó a que se sirviese por sí mismo, como de costumbre, el viejo la apaciguó con joviales excusas.

—Está bien. Está bien. No lo haré más; pero usted suele aceptar las bromas, Azalma. Hay que aceptar las bromas cuando se admite a la mesa a jovencitos como yo.

Maria, al oírlo, sonreía y no dejaba de pensar que Nazaire y su padre se parecían un poco. Ambos eran altos y fornidos: tenían gris el cabello y la piel como el cordobán; pero, sobre todo, parecían más semejantes por el fulgor vívido de sus ojos, en cuyo fondo llameaba esa luz pura que da a los hombres del país de Quebec una candidez juvenil casi eterna.

Se marcharon con el último bocado en la boca. La nieve, cuya capa superior habían derretido las primeras lluvias y helado los fríos nocturnos, estaba peligrosamente resbaladiza, y cedía al ímpetu del trineo. Detrás de los viajeros, las altas colinas azules que cerraban el horizonte hacia el lado opuesto del lago Saint-Jean, iban desapareciendo poco a poco, a medida que remontaban la amplia curva del río.

Al pasar frente a la iglesia, Samuel Chapdelaine se puso serio y susurró:

—Nada tan hermoso como la misa. A menudo me pesa que vivamos tan lejos de la iglesia, y pienso que, tal vez por no cumplir los preceptos de nuestra santa religión todos los domingos, tenemos peor suerte que los demás.

—No es culpa nuestra vivir tan lejos —suspiró Maria.

Su padre hizo con la cabeza un nuevo signo de pesar. El conmovedor espectáculo del culto, los cantos litúrgicos, el temblor de los cirios, la solemnidad de la misa dominical, lo llenaban de un fervor siempre renovado. Un poco más lejos, comenzó a cantar:

*Muy cerca de su trono
Un día la veré;
Me dará su corona,
Y entonces reinaré.*

Cantaba a pleno pulmón, con voz afinada y aire extático; mas pronto se cerraron sus ojos y fue hundiendo la barbilla en el pecho. El vaivén del vehículo acababa siempre por adormecerlo, y el caballo, cual si adivinase el aletargamiento de su amo y participase también de él, iba debilitando su carrera hasta ponerse al paso.

—¡Hala, aprisa, *Charles-Eugène!*

Se había despertado bruscamente y alargaba la diestra hacia la fusta. *Charles-Eugène*, resignado, reanudó el trote. Hacía muchos años un Chapdelaine había sostenido un pleito con cierto vecino llamado así y, a modo de socarrona venganza, puso su nombre a un caballo viejo derrengado y algo cojo, para poder darse el gusto de gritarle cada vez que pasaba cerca de la casa de su enemigo: «¡*Charles-Eugène*, jaco matalón, mala bestia!... ¡Arre, *Charles-Eugène!*». Al cabo de un siglo el pleito se olvidó; y los dos rivales dormían en paz, pero los Chapdelaine seguían teniendo siempre un caballo al que llamaban *Charles-Eugène*.

De nuevo se elevó el cántico henchido de místico fervor:

*En el cielo, en el cielo,
Un día la verá...*

Después volvió a ganarlo el sueño: se extinguió la voz, y Maria hubo de recoger las riendas escapadas de las manos de su padre.

A lo largo del helado río se extendía el camino como otra serpenteante cinta de hielo, y en la orilla opuesta se esparcían las casas sensiblemente separadas una de otra y rodeadas de un cuadrilátero de terreno acotado. Por entre las casas y detrás de ellas, se veía el bosque que llegaba hasta el ribazo: sobre el verde sombrío de los cipresales destacaban los blancos troncos de abedul, como columnas de un templo en ruinas.

En la otra parte del camino aun era más ancha y continua la faja de terreno robada a la espesura, y las viviendas parecían, al juntarse un poco, querer prolongar la ilusión del poblado; pero siempre entre sus vanos y detrás, en los desnudos campos, la linde compacta del bosque se alargaba cual barrera interminablemente oscura entre la blanca frialdad del suelo y el cielo gris.

—¡Hala, hala, *Charles-Eugène!*

El viejo Chapdelaine se había despertado de nuevo y tendía la mano hacia el látigo con ademán de bonachona amenaza; mas cuando el caballo volvió a acortar el paso, luego de un engañoso trote, él descabezaba ya otro sueño con las manos abiertas apoyadas en las rodillas, luciendo sus brillantes mitones de anca de potro, y con la barbilla abrigada entre la pelambre de su capote.

Dos millas adelante, el camino trepaba por un abrupto repecho antes de adentrarse en pleno bosque. Las casas, que desde la salida del pueblo se esparcían por la planicie, desaparecieron de pronto, y a los ojos de los viajeros se ofreció el cuadro único, la perspectiva insondable de los troncos desnudos y el suelo blanco. El mismo verde oscuro de los álamos y de los cipreses se hacía más raro cada vez; los pocos árboles jóvenes erguidos aún, desaparecían entre los innumerables esqueletos derrumbados y cubiertos de nieve o entre los que, a pesar de conservar aún la vertical de la vida, mostraban en su ennegrecida

desnudez que sólo eran vestigios de árboles. Veinte años antes los grandes incendios habían devastado la comarca, y la nueva vegetación apenas despuntaba entre los restos del antiguo bosque y las capas calcinadas. Se sucedían en aquel tramo las colinas, y el camino corría de unas a otras en una serie de altibajos no más profundos que la depresión de las olas en alta mar.

María Chapdelaine se envolvió bien en el abrigo, escondió las manos bajo la manta de pelo de cabra gris que cubría el trineo, y entornó los ojos. Nada había en torno digno de verse; en las aldeas bastaba observar un poco para percibir las escasas mudanzas de una casa reconstruida o de una granja revocada; mas la vida del bosque se desarrollaba con tal lentitud, que habría sido precisa una paciencia sobrehumana para advertir el menor cambio en ella.

El caballo era el único ser pendiente del camino. El trineo se deslizaba suave sobre la dura nieve, rozando apenas los troncos erguidos a uno y otro lado del sendero. *Charles-Eugène* tomaba con minuciosa exactitud las vueltas; descendía a trote largo las cuestas cortas, y subía las pendientes con paso lento, como cauto animal capaz de conducir a sus dueños hasta la escalinata de su vivienda, sin que el correctivo del freno ni la voz humana de aviso le fueran necesarios.

Unas millas más lejos el bosque se aclaraba de nuevo, y la cinta del río se hacía visible. El camino se elevaba en postrera pendiente para descender y marchar ya por la meseta helada. En un repecho de poco más de una milla, tres casas de rudimentaria construcción se espaciaban sin que la menor traza de los cultivos estivales delatase en torno actividad alguna, y como si sólo tuvieran en la hosca soledad la misión de recordar que el hombre había llegado hasta allí.

Charles-Eugène torció bruscamente a la derecha, se afirmó en las patas delanteras para no patinar en el declive, y se detuvo en el mismo borde de la superficie helada. El viejo Chapdelaine abrió entonces los ojos.

—¡Cuidado, padre! —exclamó María—. Ya estamos en el paso.

Él empuñó las riendas; pero antes de azuzar al caballo, permaneció avizor algunos segundos, con la mirada puesta en el helado río.

—Ha llovido sobre el hielo, y la nieve debe de haberse fundido en muchas partes. Pero hay que pasar... ¡Adelante, *Charles-Eugène*!

El caballo olfateó la blanca capa antes de aventurarse, y después partió recto y rápido. Las huellas invernales se borraban, y los troncos de los álamos plantados para marcar el vado, yacían por tierra ocultos por la nieve a medio licuarse. Cuando el trineo pasó frente a la isla, el suelo crujió dos veces, sin ceder. *Charles-Eugène* trotaba alegremente hacia la casa de Charles Lindsay, situada en la otra margen. Al llegar a la mitad de la corriente, bajo la gran cascada, hubo de parar temeroso de que la nieve hubiese perdido consistencia. Con precauciones fueron aproximándose a la orilla; ya sólo les faltaban por salvar diez metros, cuando el hielo comenzó a vacilar bajo las patas del caballo.

El viejo Chapdelaine se había puesto en pie, alerta, sin vestigios del anterior abotargamiento; bajo el gorro de pieles chispeaban sus ojos.

—¡Adelante, *Charles-Eugène*, sin miedo! —gritó con voz ruda.

El caballo hundió en la nieve semilíquida sus cascos y, haciendo tintinear las colleras, traspuso en dos saltos el peligro. Cuando pisaron tierra firme, un gran trozo de hielo se hundió detrás de ellos, dejando en la helada corteza un agujero lleno de agua límpida y profunda.

Samuel Chapdelaine se volvió.

—Seremos los últimos en atravesar esta temporada —dijo.

Y permitió al caballo reponerse antes de tomar la cuesta.

Pronto dejaron el camino ancho por otro menor que se internaba en la espesura. Era un sendero rudimentario, pedregoso y lleno de raíces, que parecía apartarse de los obstáculos describiendo pequeñas curvas muy oportunas. Sin trabajo escalaba las pendientes, se encaramaba sobre una meseta, amenazaba a ratos con caerse por las laderas abruptas, y proseguía por entre las pétreas masas hasta la opuesta vertiente, más escarpada aún, pasando por encima de las torrenteras para desembocar, al cabo, en el llano cubierto de troncos derribados y de raíces podridas.

Apenas traspuestos los paredones de granito, otros fingían cerrar el paso tras ellos, como en un laberinto formidable. A los vestigios del

Louis Hémon

incendio no tardó en suceder el verde vivo de los abetos; y a lo lejos, dos o tres veces, entrevieron las alegres cimas próximas al río Alec. Muy poco después, casi simultáneamente, percibieron un vasto espacio de terreno cultivado, humo de hogar, y alegres ladridos de perro. Habían llegado.

—Se van a alegrar de volver a verte, Maria —dijo el padre—. Todos se han aburrido mucho sin ti.